

## SERMON

## DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

*Qui me invenerit, inveniet vitam.*  
El que me halle, hallará la vida.

(Prov. VIII-35.)

Inmediatamente después del Sagrado Libro del Génesis que significa *El principio*, porque se ocupa de la creación, y de las edades patriarcales, viene en el canon de la Santa Escritura, autorizado por la Iglesia, nuestra Madre, el Éxodo, que denota la *salida* del pueblo de Dios de la esclavitud egipciaca para tomar posesión de la antigua tierra prometida á sus ascendientes.

Llenaba el pueblo escogido la tierra de Egipto, y su asombrosa fecundidad excitaba los celos de aquella raza opresora y cruel; y no bastando á disminuir tan gloriosa y noble proge- nie ni la dureza de los trabajos, ni la brutalidad de los tratamientos, lanza el monarca el decreto de muerte contra los niños hebreos: anticipado Herodes, que ciego en su furor y orgulloso en su poderío, no medita que es vano el consejo que va directamente contra los eternos consejos divinos.

La salvación de todo un pueblo, la constituye entonces Dios en una cuna, como más tarde, en otra, la de todos los pueblos de la tierra: y el niño salvado de las corrientes del Nilo, y apellidado, por esta circunstancia *Moisés* por su libertadora, la misma hija de Faraón, viene á crecer, bajo la pro-

tección de la buena y noble princesa, colgado del pecho de su propia madre, convertida en nodriza asalariada por la inconsciente Thermutis: adquiere en la corte de los Faraones los superiores y excelentes conocimientos necesarios para su elevada misión; y cuando el clamor de los hijos de Israel, oprimidos, llega hasta lo más elevado de los cielos, ese niño es constituido libertador á su vez, jefe y legislador de ese pueblo, entre inauditos prodigios, que acreditan su autoridad ante oprimidos y opresores.

El Catolicismo, naciendo más tarde entre las contradicciones de ese pueblo y la persecución universal del gentilismo, halla también su salvación en una cuna: y la *salida* de este nuevo gran pueblo de las Catacumbas, guiado siempre por la mano de la Iglesia, entre prodigios y pruebas invencibles de su misión divina y autoridad de lo alto, señala á su vez esa cuna, como el origen de toda su grandeza, no menos que de su indefectibilidad hasta la consumación de los siglos, y á pesar de todos los esfuerzos del infierno.

No me digáis que esa cuna es la de Jesús; ya lo sé: pero hoy quiero remontarme más allá, y buscar en la cuna de una criatura puramente tal, aunque excelsamente privilegiada, el origen de toda esa grandeza y la fuente de toda esa perpetuidad; que Dios se sirve siempre, en frase de San Pablo, bien lo sabéis, como yo, de los principios más humildes y de las cosas, al parecer, más despreciables, para los fines más encumbrados y admirables.

La Iglesia simboliza, según la bellísima comparación de su Fundador divino, una barquilla tripulada por pobres y oscuros pescadores entre las olas del agitado mar de la humanidad en todas las épocas: no ignoro que su timonel, sin embargo, es experto, y que su mano es fuerte por el contacto con la del Salvador, un día, sobre las corrientes del lago de Tiberiades: que su derrotero es seguro, porque las divinas infalibles promesas se lo indicaron, ya hace diez y nueve siglos, con toda fijeza y acierto; pero esa embarcación necesita una estrella, un

faro, un punto luminoso, á veces, en indicación del puerto, ó por lo menos, en consuelo y aliento para los navegantes en medio de deshecha borrasca; y ante los decretos de proscripción de mil Faraones, antiguos y modernos, flota una cuna, al parecer abandonada; y la Iglesia la recoge, y encuentra en ella una niña, y esta niña es la libertadora de su pueblo.

Voy á decirlo ya, en breve y sencilla enunciación de todo mi pensamiento: *El que me halle, hallará la vida*, ha dicho esa misma Iglesia, aplicando á María las frases del Sagrado Libro, que me han servido de texto; pues bien: *Sólo el catolicismo ha sabido hallar á la niña María en su cuna, y con ella vida constante, gloriosa é imperecedera.*

Santa y divina Niña, nacida para la felicidad de los mortales: á tu cuna vengo yo á buscar hoy un suspiro, una sonrisa, una lágrima que me aliente: estrella de la naciente Iglesia, sol de sus más preciadas victorias, luna de sus noches de sangre, de combates y de amarguras; inspira mi acento, y sobre todo mi corazón, en estos momentos, para que yo pueda hablar con fruto á mis oyentes de tu *Natividad*, dichosa para la Iglesia de Jesucristo: cerca de esa cuna bendita y sin pecado nos postraremos para decirte con el Angel que preparaba la de tu divino Hijo:

AVE MARÍA.

Bajo un triple respecto halló el Catolicismo á la niña María en su cuna, y con ella vida constante, gloriosa é imperecedera, como acabo de proponer á vuestra consideración religiosa hace un momento, y voy á comenzar á probároslo en el acto; bajo su respecto dogmático, ó sea en la razón de su culto y prerrogativas exactamente definidas; bajo el respecto moral, ó sea en la imitación de sus virtudes, y regeneración social ajustada perfectamente á ese hermoso modelo; y finalmente, bajo el respecto de protección y de triunfos, ó sea en sus incesantes fa-

vores y en la inmensa serie de sus amantes y maravillosos beneficios.

En su respecto dogmático, ó sea en sus prerrogativas y culto exactamente apreciado; nada más difícil y delicado, en verdad, que la definición de ese culto y de esos dogmas en el seno del Catolicismo naciente; flotaba en él, entre el torrente de sangre de las persecuciones judáica y gentilica, ese culto, cual la cuna del libertador y caudillo de los hebreos en las aguas del Nilo, merced al furor y á la impiedad de los Faraones; y sin la prudencia sagaz de una nueva Jocabet, y sin la piadosa intervención de una nueva Thérmutis, esa idea, esos dogmas, ese culto, sobre todo, habrían indudablemente naufragado, como barquilla violentamente agitada por rápidas y encontradas corrientes.

De una parte las reminiscencias paganas, las vagas tradiciones acerca de la mujer esperada por la humanidad, prestándose unas y otras á un culto exagerado é improcedente de todo punto: de otra, las impiedades y groseros errores de los primeros siglos, deprimiendo la personalidad y las excelentes prerrogativas de la Madre del Salvador del mundo, hacían necesario un justo medio entre ambos lamentables extremos que debían perjudicar y aun destruir, no evitados, el culto augusto de la Reina de los Cielos, de la pobre y oscura niña de Nazareth, apenas mencionada en el Evangelio de Jesucristo.

Por eso la Iglesia Católica, siempre prudente, siempre acertada, siempre oportuna, por lo mismo que siempre inspirada y eternamente infalible, procedió desde luego con el más exquisito tacto y admirable previsión, como la hija del monarca egipcio, en el precioso hallazgo de esa cuna bendita, que debía ser para en adelante su protección, escudo y amparo, prefiriendo ocultarla, en cierto modo, como la doctrina misteriosa del arcano, á los ojos de aquellas sociedades saturadas de materialismo, de exageración y de fábula; y desarrollando, paulatina y pausadamente ese culto, y todo lo relativo á él, en su cuna y en su origen, dejó crecer, como en la sombra de sus

palacios augustos, en el fondo de sus catacumbas, y en el secreto de sus inefables misterios, esa nueva y admirable criatura, hasta que presentándose, como la zarza en Oreb, entre misteriosos resplandores, pudiera llevarse á cabo sin peligro alguno para la fe de sus pequeños hijos, la grandeza y majestad de la Niña salvada de las aguas, y destinada á caminar, como la columna de fuego y la refrigerante nube á la cabeza de su escogido pueblo para conducirle á la tierra de arroyos de leche y miel, á los tabernáculos de la paz y á las bellezas del reposo, en frase inspirada del Santo Libro.

No pudo, ni supo hallar así á la niña María en su cuna, el pueblo gentil de la Venus impúdica, de la sanguinaria Belona, de la severa Astrea y de las infelices Vestales; ni las tribus errantes de la Arabia, venerándola como á Diosa, y asemejándola en la adoración de la luna que proyecta su luz pálida y plateada sobre la inmensa soledad de los desiertos, á la Astarte de los fenicios; ni los colyridianos, ofreciendo ante sus imágenes tortas de leche y miel en detestable supersticioso culto, semejantes á los que en tiempo de San Agustín ofrecían ó más bien amontonaban viandas sobre las sepulturas de los muertos, como si las almas, dice el Santo Doctor, hubieran de salir de las tumbas para probarlos: la Iglesia, y sola la Iglesia supo decir á los pueblos sometidos á su dulce yugo y sabia dominación, apenas salidos de la bárbara presión del gentilismo: *María no es una Diosa: es sí, una criatura privilegiada, en cuyo seno se operaron misterios inefables y divinos de todo punto; pero es tan sólo una pura criatura, aunque adornada de carismas y de gracias especiales, únicas y asombrosas; es un poder de intercesión y de mediación; será objeto de un culto singular, sí, pero nunca de una adoración absoluta y suprema, la cual tan sólo á Dios es debida, al único y verdadero Señor y Monarca inmortal de los siglos.*

Tampoco supieron hallar á María en su cuna, bajo tan delicado aspecto, los heresiarcas que rebajaron, imprudentes y atrevidos, su culto y sus más preciadas y valiosas prerrogati-

vas; ni Ebión, ni Cerinto, ni Marción, ni Montano en sus insolentes y blasfemas impurezas acerca de la Virgen Madre de Dios; ni Helvidio, al negar su virginal pureza; ni Apolinar, negando la formación del Verbo en sus purísimas entrañas; ni Joviniano, profanando con sus groseros errores el nacimiento del Hijo de Dios; ni los Fantasiastas con sus delirios acerca de la humanidad de Cristo, y renovando así los errores de Carpócrates, de Menandro, de Saturnino y de Basílides: todos ellos hallaron la muerte, y muerte eterna, como la temporal, por no saber hallar en debida forma á María, y con ella la vida, según la profética expresión del Sagrado Libro de los Proverbios; Arrio, muerto en el mismo día en que se intrusaba en la Silla Patriarcal de Constantinopla; Nestorio, sintiendo caer en pedazos su impía lengua, devorada por los gusanos, demuestran hasta literalmente toda la verdad y la terrible expresión de aquella otra frase del mismo Sagrado Libro: *Todos los que me aborrecieron, aman la muerte: así como los que me ensalzan, tendrán vida eterna.*

¿Y el protestantismo, mis hermanos? Esta hipócrita y malhadada reforma, que alardea de renovar el primitivo espíritu del Catolicismo, y de resucitar los *bellos siglos* de la Iglesia, se erige en severo censor de la conducta de la Iglesia Católica, en ésta, como en todas las demás enseñanzas y prácticas de la única y verdadera Maestra de la verdad; y llevando su odio y su furor hasta un extremo inconcebible, como heredero póstumo del furor y del odio de la antigua serpiente á la Niña, por el Catolicismo bendita, protegida y ensalzada, se atreve á llamarnos *miserables idólatras*, y á posponer, por boca de Lutero, á María, á la infame concubina del apóstata, apellidando á sus imágenes *ídolos*, y saciando en ellas, porque no puede en la Niña del Cielo, su rabia impotente y ridícula.

Pero la Iglesia Católica no ha tenido que hacer ya otra cosa, ante esta novísima avalancha de errores y de impiedades, exhumación vergonzante de todos los extravíos de la inteligencia y del corazón humano, reproducción exacta de to-

dos sus delirios y todas sus extravagancias, que repetir solemnemente, señalando á esos *siglos de oro* de la misma, tan renombrados por el protestantismo, lo que ya dijo en ellos respecto al culto y á las prerrogativas de la Madre de Dios, rebajada por los primeros heresiarcas: María no es una diosa, pero es la Madre del Altísimo; su poder no es absoluto, pero es una *omnipotencia suplicante*: María no obtiene en el seno del Catolicismo, el culto supremo, ó de *Latria*; pero merece, y obtiene el de *Hiperdulia*, superior al que tributa á los Santos: y en esta doctrina están basadas las oraciones que á todas horas pone en boca de sus fieles hijos, como dirigidas á la augusta Betsabé, cuyo trono está colocado á la derecha del Salomón eterno de los siglos.

Y como lógica sencilla y natural consecuencia de todo esto, sólo el Catolicismo ha sabido encontrar á María niña en su cuna, bajo su respecto moral, inspirándose sin cesar desde su origen, en sus virtudes: y comenzando por la virginidad, flor desconocida aún en los vergeles más escogidos de la divina gracia, hasta que á la venida de María brotó de esa cuna por voto espontáneo y solemne; y desde que esa cuna apareció, otras mil surcaron las torrenciales aguas de este mundo de placeres para ser recogidas en las riberas del río de la Ciudad de Dios, alegrada de continuo por el sonoro y apacible murmullo de sus aguas: la castidad triunfó en todos los estados, y en todos los terrenos, y sus perfumados lirios embalsamaron todos los corazones, y perfumaron santamente todos los hogares: la humildad se sobrepuso al orgullo y á la fortaleza; el sacrificio y la abnegación, al valor físico y á la fuerza bruta; se elevaron altares á la pobreza de espíritu, y se abatieron las pirámides de los ricos y de los poderosos; reinó la paz y la alegría, aun material, en el seno de los pueblos que encontraron la cuna de María, la niña rica y modelo en virtudes; y nada, absolutamente nada hubo ya penoso en el áspero camino de la vida, desde el momento feliz en que esa cuna invisible, mecida por los ángeles, y visiblemente colocada en este valle de lágrimas,

las secó todas al calor de sus admirables, tiernos y fructuosos ejemplos, panacea de todos los dolores, y aliento para todos los infortunios.

Mirad ahora, mis hermanos, el espectáculo de los pueblos que no se agrupan en derredor de esa cuna misteriosa y dulcísima: mirad al protestantismo, tratando como el demonio trata de imitar á Dios en todas sus obras, *verdadera mona de Dios*, como le llaman los Santos Padres: miradle, repito, tratando de imitar al Catolicismo en sus triunfos de castidad, creando las canonesas de Lutero y las baronesas de Calvino, sin lograr más que una miserable caricatura de nuestras hijas de San Vicente de Paúl, ó de nuestras religiosas: miradle dividido y despedazándose desde su origen, porque le falta la caridad y le sobra la envidia, porque no posee en su raíz la humildad y le ahoga el principio de soberbia sobre que fué cimentado: mirad el aspecto de sus templos, vacíos y solitarios como los sepulcros de Menfis, porque falta en ellos la imagen de la que es vida, dulzura y esperanza nuestra; fijaos hasta en la perspectiva de los países en que se halla más aclimatado, y los veréis tristes, fríos, sin imágenes de la que es nuestra alegría, sin santuarios en la cima de sus montañas, sin animación y sin vida del espíritu; en fin, falta en todo la cuna de nuestra Santa Niña.

Poco diré ya sobre el tercer miembro de mi división, porque su verdad es más clara que la luz del día; que brotan tan marcados, tan perpetuos y tan dulcísimos resplandores desde el hallazgo de esa nueva cestilla en el dichoso seno y apacibles riberas del Catolicismo, que es preciso estar ciego para no quedar deslumbrado por ellos en la inmensa extensión de los siglos.

Fué, en efecto, esa cuna, oculta en el mismo palacio de los Faraones, en medio de la sociedad cristiana que vivía bajo la pagana para sustituirla después, la estrella luminosa que guió los pasos de la naciente Iglesia: ella ha precedido siempre al Catolicismo en la predicación evangélica como la aurora al

sol, como la primavera á la estación de los frutos; ante esa cuna se postró Constantino el Grande, para dar, al fin, la paz á la Iglesia: ante esa cuna depusieron su fiereza y dulcificaron su carácter las razas del Norte, que un día invadieron la Europa; ante esa cuna desaparecían más tarde los hijos de Islam, arrojados sobre nuestra España por la ira de Dios, y ante esa cuna se postraron nuestros abuelos en Monserrate, en Valvanera, en la Almudena y Atocha, naciendo para ellos nuevamente María en mil maravillosas apariciones, en la Edad Media; de esa cuna brotaron Lepanto, Corfú y la victoria de las llanuras de Salakemén; y esa cuna salvó á Viena, y destruyó el islamismo y el protestantismo casi á la vez, encerrando al uno y al otro en sus guaridas, y conteniendo sus progresos inconcebibles en el mundo civilizado: en esa cuna nació María para los niños abandonados en Vicente de Paúl; para los pobres campesinos en Jerónimo Emiliani; para los enfermos en Juan de Dios; para los agonizantes en Camilo de Lelis; para los cautivos en Pedro Nolasco y Raymundo de Peñafort; para la enseñanza de la juventud en Ignacio de Loyola y en José de Calasanz; para la milicia monacal en el abad de Fitero; para la conquista de Oriente en San Bernardo, Pedro el Ermitaño y Luis de Francia; para un nuevo mundo que esperaba la luz, y para la gloria y dominación de nuestra patria en todo el universo, en Colón, Cortés, Legazpi, Magallanes y Pizarro; porque todos supieron hallar esa cuna y esa Niña bajo su doble respecto dogmático y moral, y en consecuencia, creyendo en ella con fe razonada y sencilla, y viviendo, según ella, ricos en creencias y en virtudes, tuvieron forzosa y lógicamente, mis hermanos, que hallar esa misma cuna rica, fecunda, inagotable en favores, en protección y en beneficios.

Por eso, la Iglesia Católica, al encontrar esa cuna, y al tratar de conservarla y de enaltecerla, cual la hija del Faraón antiguo, llamó á las ciencias y á las artes sus hijas predilectas, y les entregó, en cierto modo, á esa Niña en la cuna, desde su dichoso origen y hallazgo, y les dijo, como aquella:

*Tomad, criadme ese precioso y dulce fruto, para mí, y yo os daré la recompensa: Venid, comed mi pan, que nunca, por cierto, he sabido escasearos; pero cantadla, pero arrulladla con dulzura, pero inspiraos en ella, pero velad constantemente junto á esa cuna, porque en ella, como en el Arca del pacto antiguo, se encierran las promesas y las esperanzas de mi pueblo: salvada de las aguas, ha de salvar á su vez, un día, al universo todo, y le ha de dar la vida y la alegría, y la paz, y la felicidad, y el reposo.*

Hacedlo así, santa y bendita Niña: el pasado y el presente son vuestros, y lo es también el porvenir, porque desde los brazos de la Cruz, pasamos á los vuestros, en palabra inefable del Salvador del mundo: naced, pues, sin cesar, por nosotros, y para nosotros y en nuestros corazones, Santa Niña, para que la cuna que nos sostuvo flotantes entre las corrientes de este Nilo caudaloso en miserias, sea el bajel sagrado que nos conduzca un día á las riberas felices de la Gloria.—Amén.

#### PLAN DE UN SERMÓN DE NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

*Qui me invenerit, inveniet vitam.*

El que me halle, hallará la vida.

(Prov. VIII-35.)

Hallazgo de Moisés recién nacido, por la princesa Thermutis.—Aplicación al asunto del día.—Sólo el Catolicismo ha sabido hallar á María, niña, en su cuna, y con ella vida gloriosa é imperecedera.

1.º La halló en su razón de ser dogmático.—Culto de María.—Su origen.—Sus dificultades.—Prudencia de la Iglesia al desarrollarlo.—Las tribus árabes.—Los colyridianos.—Reminiscencias del paganismo.—El más y el menos.—El justo medio.—No supieron

hallar á María en su cuna las sectas, etc., etc., etc.—El protestantismo.—Depresión del culto de María por la Reforma.—Triunfos de la Iglesia.—Cuna de ciencias y artes.

2.º La halló en su cuna, en su razón de ser moral, ó sea en sus virtudes.—Fe, esperanza y caridad.—Castidad.—Caricaturas protestantes.—El demonio, mona de Dios.—Pobreza de espíritu.—Humildad.—Paz.—Sosiego.—Alegria.—Tranquilidad del alma.—Se halla desterrada donde no está esa cuna.

3.º La halló en su razón de intercesión, en sus favores y beneficios.—Iglesia naciente.—Mártires.—Aurora.—Irrupciones.—Edad media.—Triunfos y glorias.—Leyendas y apariciones.—Nuevos nacimientos.—Acción interior.—Otros nacimientos.—San Bernardo y Cruzadas.—Merced.—Emiliani.—Juan de Dios.—Calasanz.—Flores de María.—Definición, Concepción.—Misioneros Corazón de María.—*Omnia nos habere voluit per Mariam.*—Promesa de Jesucristo.—La Cruz.—Nadie puede reemplazar al catolicismo.—Si se va, no puede venir religión alguna, porque no tiene vida.—Porque no tiene cuna, ni niña, etc. *Le ha adoptado Ella.*—*Ecce filius tuus.*—Salvado de las aguas.—Exhortación y súplica, etc., etc.

## SERMON

### DEL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

*Et nomen Virginis Maria.*  
Y el nombre de la Virgen  
era María.

(S. Lucas, c. I, v. 27.)

Luchaba Israel contra el Filisteo que había establecido su campamento entre Soco y Azeca, en los confines de Dommin, mientras el ejército de Saúl tenía sus tiendas en el Valle del Terebinto; y disponiéndose ya para atacar á los incircuncisos, no escarmentados aún con la horrible carnicería que Jonatás y su escudero habían hecho en sus filas, salía de ellas llevando por delante el suyo, y desafiando insolente á los hijos del pueblo de Dios, un hombre de colosal estatura, de fuerzas hercúleas, que sostenían un peso fabuloso en sus armas, y vestido de guerra: se llamaba Goliath, procedía de Geth, y su aspecto, y sus ademanes, y sus amenazas, ponían pavor en el corazón de Saúl y de sus escuadrones, que tantas veces habían hecho morder el polvo en sangrientas victoriosas jornadas, desde los tiempos antiguos á los hijos de Amón, de Amalec, de Moab y de todos los infieles de la tierra de Canaam, prometida á sus antepasados.

Pero había entre las huestes del pueblo escogido, un pequeño Efrateo, de Belén de Judá, hijo de Isaí, el menor de ocho hermanos, de los que tres se hallaban en el campamento; se llamaba David, y había sido predestinado ya por Dios, y